Manuel Marín Oconitrillo

Y TE LLAMÉ PIEDRA CÚBICA

Versos masónicos

masonica.es

Y TE LLAMÉ PIEDRA CÚBICA

Manuel Marín Oconitrillo

Y TE LLAMÉ PIEDRA CÚBICA

Versos masónicos

Serie Amarilla
[Literatura]

Piedra cúbica. Versos masónicos
Manuel Marín Oconitrillo

editorial masonica.es®
Serie Amarilla (Literatura)
www.masonica.es

© 2015 Manuel Marín Oconitrillo
© 2015 EntreAcacias, S.L.

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo - Asturias (España)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: mayo 2015

ISBN (edición impresa): 978-84-943587-7-7
ISBN (edición digital): 978-84-944115-0-2

Edición digital

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

PRÓLOGO

El «método masónico» y lo que justifica que una persona decida formar parte de esta organización, consiste en un aprendizaje a través de «signos y no palabras, porque estas limitan», según afirman los iniciados de esta Obediencia universal.

*Pero el costarricense Manuel Marín Oconitrillo, dedicado desde hace años al cultivo de la canción culta (*lied*) y de la literatura en casi todos sus géneros, y radicado en Colonia, Alemania, desde el año 2000, ha debido pensar todo lo contrario al disponerse a verbalizar con esfuerzo y buen gusto los símbolos más reconocibles de esa institución filantrópica de carácter iniciático, todavía rodeada de un halo de misterio del que no ha podido despojarse a pesar de sus esfuerzos recientes por divulgar sus creencias y sus prácticas.*

No sé si Manuel Marín Oconitrillo ensaya el desciframiento de esos símbolos desde la militancia de tal causa, pero nosotros hemos querido leer las páginas de su poemario Y te llamé piedra cúbica. Versos masónicos*, sin entrar ni salir en su condición de masón o de persona ajena a ese rito, pues los emblemas masónicos revisitados por el lenguaje de Marín Oconitrillo cobran nuevas significaciones y se abren a una lectura pública, más allá de cualquier vinculación con la Sociedad*

secreta en la que han nacido.

Dijo el escritor, profesor y crítico angloestadounidense W. H. Auden que el impulso que lleva al poeta a escribir un poema brota de los encuentros de su imaginación con lo sagrado. Gracias al lenguaje —continúa Auden—, no necesita nombrar ese hallazgo de manera directa, a menos de que así lo desee: puede describir un objeto en función de otro y traducir aquellos que son estrictamente privados, irracionales o socialmente inaceptables en otros que resulten aceptables para la razón y la sociedad.

¿Ha hecho tal esfuerzo Marín Oconitrillo al enfrentarse a los símbolos de la masonería, apropiárselos y facilitarnos, a través del recorrido por ellos efectuado, una nueva interpretación de la existencia humana?

Y te llamé piedra cúbica *es el camino de un aprendizaje, una pedagogía de la vida donde prevalecen los grandes valores respetados por generaciones y generaciones de seres humanos. Una poesía panteísta, donde todo parece ordenado desde el principio al fin de los tiempos por el Gran Arquitecto tantas veces convocado por Marín Oconitrillo en sus cuidados versos.*

La luz que ansía la verdad y repugna lo falso; la calavera que nos da pistas sobre lo efímero y lo ilusorio de nuestro mundo; el equívoco tiempo

medido por el reloj de arena; el compás que traza nuestro camino de hermandad: la igualdad entre los hombres; el martillo, como el mazo o el cincel, que desbastan la piedra bruta y esculpen la ruta de la perfección; el collar de la necesaria recíproca protección; los guantes que nos preservan de las impurezas; el mandil que protege al aprendiz en su jornada iniciática; la cadena que denuncia la esclavitud como oscuridad del mundo; las gradas que incitan al poeta a regresar al país natal donde el gallo canta en la lejanía y la memoria nos fortalece; la escuadra y el nivel que vigilan que la igualdad impere entre los hombres y que la sabiduría no se corrompa; la luna que nos enseña su modestia frente al imperio del sol, las estrellas que contienen nuestro destino; la logia como la casa del mundo donde la tolerancia reina; la palanca como la fuerza del raciocinio y de la lógica que aparta la mezquindad; la identificación del poeta con la piedra cúbica que ha de ser pulida sin descanso hasta desembocar en la verdad anhelada…

Marín Oconitrillo ha ido de frente con los materiales poéticos puestos en su fragua y los ha moldeado a su antojo, casi descubriéndolos por primera vez en la aventura verbal que se ha impuesto. No se ha preguntado si existe o no existe una literatura masónica, como la crítica se empeña

en desentrañar sin descanso, ha arriesgado un subtítulo algo provocador, por la declaración de principios que contiene: Versos masónicos. *Y a partir de ahí nos ha dado su diccionario particular de esos símbolos compartidos por tantos millones de seres en el mundo. Las acepciones que Marín Oconitrillo les adjudica a esos conceptos nos obligan a mirarlos bajo una luz distinta, la del poeta que reconstruye «las palabras de la tribu» y les da nuevos significados, la del poeta que nos obliga a leer el mundo desde su particular punto de vista. En ese sentido,* Y te llamé piedra cúbica*, guarda una exquisita unidad, una armonía interna que nunca abandona el tono casi sagrado asumido desde el principio.*

Toda poesía trascendente tangentea la religiosidad, el eco solemne de las catedrales góticas, los repertorios renacentistas de la música culta, tan frecuentados por Marín Oconitrillo en sus andanzas profesionales paralelas.

Y te llamé piedra cúbica *parece ansiar esa filiación de «sagrada escritura» facturada desde lo personal e intransferible: la personalidad de Manuel Marín Oconitrillo dispuesta a revisar los viejos sentidos de las palabras respetadas y a darnos su versión desnuda del nuevo descubrimiento semántico, contaminado de tanta pasión como de afán de esclarecimiento urgido*

desde no sabemos qué instancias.

No sé si existe una literatura masónica, aunque sí sé de tantos escritores que estuvieron bajo esa doctrina y nos legaron obras hoy indispensables para entender el devenir de la imaginación y la inteligencia humanas.

Quizá no sea necesario hacernos esa pregunta. Pero lo que sí nos demuestra Marín Oconitrillo en su Y te llamé piedra cúbica *es que los grandes valores defendidos por la orden masónica forman parte de lo que constituiría un catálogo básico de lecciones para alcanzar la perfección humana en un mundo al que llegamos y del que nos vamos sin entender el sentido último de nuestra presencia.*

A pesar de esa parte del enigma que nunca será despejada, los seres humanos, terrenales y celestiales por regla general, afilan las armas de su conocimiento y de su sensibilidad para pasar por su aventura existencial con la nobleza, el respeto a los demás, y el afán de hacer el bien y apartarse del mal; con toda la grandeza que han sido capaces de arbitrar desde el grado de civilización que les fue concedido.

Esas preocupaciones se las reparten los miembros de la Masonería y los versos de Marín Oconitrillo, que, como dijimos por medio de Auden, han echado mano del lenguaje para facilitarnos una versión original y valiente de las

viejas y solemnes verdades.

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS
Catedrático de Filología Española
Universidad de La Laguna

PREFACIO

¿Qué son realmente una rosa, un martillo o un cincel? La física cuántica afirma que el universo mismo es un holograma, mostrándonos cómo a nivel de partículas elementales, las de una rosa, las de un martillo y las de un cincel son equivalentes a las nuestras, y así lo que percibimos es una interpretación que nosotros mismos creamos, una manera de entender lo creado, de reducirlo a conceptos. La rosa entonces se transforma en un símbolo. Todas las cosas asumen múltiples rostros cuando dejan de ser signos y pasan a ser símbolos, Umberto Eco bien nos lo señala. O quizá siempre han sido símbolos y nuestro anhelo de entender lo infinito ha cercenado su plural naturaleza. ¿Y los conceptos, las ideas en su forma pura, no ya la rosa sino la misericordia o la severidad, cómo se crean? Esto nos lleva a pensar en la verdad tras lo creado, en aquello que todo lo crea y controla, aunque nos resulte inaprensible. Mediante la ciencia nos hemos esforzado por entender el mundo, por explicarlo, pero sabemos que es insuficiente, basta con recordar que los números irracionales nos impiden decir la última palabra, y es allí, en la palabra, en donde surge otra vía para acercarnos a los secretos del universo. Borges numerosas veces hace referencias a esta quintaesencia de las cosas reflejada en las palabras, incluso en las letras. Su

poema «El Golem» nos recuerda este engendro sin alma, que en el cuento original muere cuando le borran una letra a la palabra que tenía escrita en la frente, es decir cuando a *Emet* (verdad en hebreo) le quitan la letra A*lef*, queda *Met* (muere). Una letra hace una enorme diferencia. También el *Zohar*, uno de los principales libros de los cabalistas, nos cuenta el relato de Rabí Amnon Saba, en donde el Creador elige la letra con la que dará inicio a la Creación. Precisamente cuando llega la letra Tav, surge de nuevo la palabra *Emet*: «Todas las letras del alfabeto se acercaron al Creador en orden inverso. La última letra del alfabeto, T*av,* entró primero y dijo, "¡Señor del mundo! Sería bueno y muy propio de ti, crear al mundo conmigo, con mis atributos, pues la palabra *Emet* (verdad), que es tu atributo, termina con la letra *Tav*. Por eso es conveniente dar principio al universo conmigo." Pero, el Creador respondió que también con *Tav* termina la palabra *Mavet* (muerte), pues antes del fin de la corrección, el mundo no puede sostenerse sólo en la verdad, sino en su conexión con otros atributos». En este bello relato las letras simbolizan las fuerzas que gobiernan el mundo desde su esencia, es decir, no apela al mundo físico, sino a esa verdad que está allí afuera e interpretamos como materia y relaciones entre las cosas. De allí la rosa de la niñez y la verdad como una rosa, o la rosa, el martillo y el cincel como símbolos; y las letras, en

tanto símbolos, se combinan formando palabras, y las palabras forman el mundo. Así el agua es la misericordia y las espinas de la rosa las naciones del mundo, sin dejar de ser agua y espinas. Con todo esto desembocamos, como algunos habrán notado, en una antiquísima sabiduría, la Cábala, de la que se nutren innumerables escuelas y tradiciones, entre ellas la masonería, y que mucho antes que la física cuántica, advertía que el universo es un holograma. Grandes científicos, como Isaac Newton, eran asimismo cabalistas. De esa manera, la Cábala y la física cuántica parecen darse la mano, y la poesía, como las rosas, es parte fundamental de su engranaje puesto que es el esfuerzo más depurado del lenguaje para acercarse a su origen. He tomado aquí, con esta formidable herramienta que es la poesía, los símbolos masónicos, para que pierdan sus ropajes y se acerquen entonces a su esencia, sin abandonar lo que son en la masonería. Abro con ello también una puerta para todos, pues estos símbolos pertenecen también a la humanidad entera.

LUZ Y SOMBRA

Nada tenía en el mundo
salvo una carencia,
una sed de luz, infinita.
Nada, solo silencio y sombras,
como huellas de la verdad
dejadas en el barro,
en esta carne que habito.
Aferrado a lo falso,
a los huesos fingidos del mundo
miré el espejo, donde la luz
jugaba con las formas.
Todo era humo
sobre la faz de plata,
un jardín de recuerdos
inventados en la sombra.
¿Qué era mi niñez,
sino mi último parpadeo?
¿Qué era mi cuerpo,

sino una forma del ego
atada a mi alma?
Y mi alma, ¿qué era?
¿Qué era ese pequeño cardo
que borraba mis pensamientos?
Y la luz innombrable
no ardía sobre la vela,
no quemaba la materia imaginada.
Era una luz que miraba
con los ojos cerrados,
olvidando lo que he sido.
Era la esencia de lo que es,
finísimas chispas
entre las sombras del mundo.
No puede ser de otra manera,
como criaturas de barro,
como habitantes de las sombras,
es así como anhelamos.

LA CALAVERA

Calavera, sobre la mesa
estaban tu secos huesos,
quietos bajo la luz.
«Mundo efímero,
mundo ilusorio»,
parecías susurrar,
tú, apenas mineral
de lo que fue hombre.
«¡Rompe la valla!
Mira la luz al filo de la roca,
vence su mineral naturaleza».
Te miro y pienso
en la inmutable inteligencia,
en la Justicia Eterna,
en cómo muestras a los hombres
la palabra que buscan
hacia la luz.
Se transfigura el átomo,

la hoja que cae
se transfigura:
brizna,
materia orgánica, polvo,
y asciende al árbol
hasta que vuelve a ser hoja,
o fruto, o el bramido de un cachorro
que llama a su madre,
que acaso son hojas transfiguradas.
Se transfigura la música
de una melodía en el aire,
que también se transfigura
en el eterno abrazo
del clavel y la rosa.
Y son puertas todos los espejos,
caminos todas las muertes,
monedas hacia el laberinto
que va del mar al cielo y viceversa.
Eres como la torre que la niñez
construyó sobre la arena,
torre de fértil barro,
torre de aire,
de agua, torre frágil,
amiga que en mí habitas.

A ti asciendo cada noche
y caigo con la luz del alba
hasta la muerte. Y luego,
de nuevo te asciendo,
fragilidad que me incitas
a probar la llama
insaciable de mi ego.
Sea tu memoria
una puerta hacia la luz.
Sean tus huesos peldaños
para ascender hacia ella.

EL RELOJ DE ARENA

De la llenura al vacío
y viceversa, tus arenas,
ministro del tiempo,
repartes, como huesos
diminutos de su invisible
cuerpo. Pura ilusión
del sucederse de las cosas,
del caminar que sigue
al primer paso, a la chispa
inicial del universo,
es la trampa de los relojes.
¡Quién dijera, que tan pequeña
casa con arena pudiera doblegar
la voluntad del hombre!
¡Cómo cuenta tus granos,
reloj de arena,
la impaciencia humana!
Y cada grano,
como una diminuta calavera

parece mirarnos,
mudo e implacable,
desde la nada.

EL LIBRO SAGRADO

Una palabra que todo lo encierra,
libro de libros, luz que ciega al necio,
un paradigma en chispas revelado.
Senderos secretos entre las letras,
son números que danzan en el mundo
creado como reflejo de lo alto.
Y así la luz se oculta entre sus páginas,
entre el ejército de letras ciegas,
que sus rostros revelan a quien rompe
las cadenas del ego, de lo fatuo.
Su nombre, su rostro y su luz son uno.

EL ARA

Como un átomo
que refleja el universo,
o las fuerzas esenciales
de lo que existe,
eco de nuestras intenciones elevadas,
el ara es el corazón
de nuestros corazones unidos.

EL COMPÁS

Maestro de la geometría,
giras en tu danza de un pie,
y luego otro pie colocas,
solidario y perfecto en su deseo.
Un círculo no es un círculo,
es tu camino de hermandad.
Un triángulo no es un triángulo,
es la equidistancia entre hermanos.
La luz de la verdad repartes,
equitativa desde tu centro,
corazón que nos une.
Así todos somos iguales,
así todos somos hermanos,
una humanidad que se abraza
virtuosa y franca,
y danza en tu armonía.

EL MARTILLO

Poder prestado tiene
quien te empuña.
Creas la voluntad
que autoridad te confiere.
¡Desbastas la piedra bruta!
Camina, compañero,
no tengas miedo.
Maestro serás
de tu camino.

EL MAZO

Es tu deseo,
la ilusión y la fuerza
contra la roca.

EL CINCEL

Inteligencia humana,
roes la piedra bruta,
esculpes la materia
que a ti se opone;
formas al hombre
que del hombre nace
siguiendo el plan desde lo alto.
Cincel solo es el nombre
de la voluntad humana,
del deseo por saltar
sobre el mundo que nos ata.
Te empuño, cincel,
contra mi roca,
contra el mineral deseo
de lo humano,
para esculpir
el hombre venidero,
y forjar entre todos

el abrazo.

LA PIEDRA BRUTA

No es mineral, aunque le llama piedra,
dura luz, cuajada forma, materia,
sino un ansia oculta, como una hiedra,
del ego humano, adormecida arteria.

Esto es la piedra bruta, que cincelo,
con el trabajo que hago día a día
fuente inagotable de mi alegría
proyecto de mi vida que recelo.

Porque la piedra, desde el nacimiento,
llama a tallar sus bordes, su figura,
a labrar con ingenio la hermosura,
y el corazón poner como cimiento.

Es una fuerza humana, más que fuego,
es un anhelo que traspasa el ego.

EL TAPETE

Yo os invoco,
inseparables luces en mi senda.
Iluminái la vía por donde cargo
esta roca que soy
y sin cesar cincelo.
Me guiáis hasta el hermano
para fundirme en su abrazo
y juntos construir
la gran colmena.
Te miro, como me miras,
incansable ojo de vigilia eterna,
tú que moras en la Estrella de David
como entre cielo y tierra.
Mira como camino
sobre este universo en miniatura
—luz y sombra en su cuadratura, sol y luna—
que sustenta mis pasos en el templo.
Sean pues,

la palabra divina,
igualdad y rectitud en la materia,
inteligencia creadora
hacia la sabiduría suprema,
inseparables luces en mi senda.
Mi mano te sostiene
sino cuelgas de mi cuello,
emblema de la confianza
que me acoge.
Siento tu peso
como dos columnas que no pesan,
y me levantan
frente al pórtico del templo.
Perdonad que no os nombre a todos,
amigos,
legión inseparable,
acacia en mi corazón, ardiente,
rosa purísima que en la luz estalla.

LA CONFIANZA

Te vi cruzar el fuego,
caminar sobre la tierra,
vi tu corazón desnudo
flotar sobre las aguas.
Por eso te di
las llaves de mi casa.
Ya lo sabes:
si avanzo,
es porque tú avanzas.
Ya no somos extraños,
entre nosotros hay un pacto:
si lo rompes,
es a ti mismo a quien traicionas.

EL COLLAR

Te llevo a mi lado, hermano,
en el abrazo del collar de nuestra logia,
para no olvidar mi deber de salvaguardarte.
Este es pues, el émulo de nuestro pacto,
la moneda de nuestra casa.

LOS GUANTES

Puras, como la nieve pura,
inmaculadas estén tus manos,
rectas tus intenciones,
sin impurezas tus obras.

EL MANDIL

Protege, mandil, al aprendiz en su jornada.
Que no se distraiga con las bajezas del mundo.
Arropa, mandil, al compañero.
Que no desista del trabajo arduo.
Dignifica, mandil, al maestro.
Que nunca deje de ser un aprendiz
que da sus primeros pasos,
ni un compañero que extiende su mirada.
Pues cada cámara se cierra
ante la puerta de la próxima,
que el camino es largo
y las distracciones poderosas.
Resguarda mandil, nuestros valores.

LA ROSA

Como rosa entre las espinas, quise
abrazarme a tu cuerpo eternamente,
tocada por la luz, tú te elevabas,
sobre la tierra oscura
sobre las sombras claras.
De fuego es tu belleza transparente
de hermanos enlazados sobre el ego.
Miro tu rostro, mi dolor reparas,
luego de que al mirar la luz, ya ciego,
mi corazón partí, de piedra dura.
Por ti todo lo hice.
Ya como el agua pura
tú mis heridas lavas.
Trece pétalos, rosa, tu secreto,
qué luz maravillosa te sostiene,
desde el entendimiento, rosa, viene
a posarse sobre tu rostro quieto.

LA CADENA

Sí, contra la libertad
tantos siglos has sido símbolo
del oprobio más profundo
que del hombre ha nacido:
la esclavitud,
oscuridad del mundo.
No en ti reside,
sino en la humanidad,
el abyecto deseo
que nos reduce el alma,
y es en ella asimismo
donde latente vive
el sublime anhelo.
Igual que una moneda,
la cadena tiene dos rostros:
uno oscuro y el otro iluminado.

LAS GRADAS

Soñé que dormía
sobre un prado,
sobre cálida hierba,
a cielo abierto.
Era el prado de mi pueblo,
en el valle
que nuestros antecesores
eligieron como casa.
Pero ese prado del valle,
que era nuestra casa,
era el pasado,
nuestra memoria,
y el presente
que nos alimentaba;
y era el futuro
proyectado en la ilusión
de la mirada
extendida en derredor.

Ese prado era la sangre
de la jornada diaria,
las risas y las lágrimas
de nuestra unión
jurada sobre las diferencias.
Era un pequeño prado,
visto contra la inmensidad
de las estrellas,
y era un laberinto
interminable de flores
en el que los deseos crecían
como pámpanos.
Pero en aquel milagro
llego el día
de emprender el viaje.
Era como si todo
ya no fuera
lo que había sido.
Mi paladar ya no degustaba
el elíxir de las mandarinas
o el pan de la mañana.
Todo se desvanecía,
en el aire,
como un sueño de la memoria

o la memoria de un sueño.
Miré mi pueblo y dije:
«Te doy de mi niñez
las amapolas,
el azul purísimo
de los cerros,
los remansos del río,
los volcanes
y el canto del gallo
en la lejanía».
Y partí con la esencia
de las rosas,
hacia mí mismo.
Mas no recordaba las rosas.
¿Qué recordamos
de un diamante,
si al tenerlo entre las manos,
pensamos en la fortuna
sin ver su belleza?
¿Qué recordamos
de una rosa,
si solo nos quejamos
de las espinas?
Regresé de nuevo a mi pueblo,

sabiendo que nunca me había ido.
El zumo de las mandarinas
me hablaba de la cosecha,
de la esperanza de los labradores…
Y vi que yo era el niño entre
las faldas de la madre,
la juventud que jugueteaba
entre los mandarineros,
el padre que amasaba la harina
en la madrugada,
y llegaba hasta mí
en el pan de la mañana.
Mi pueblo me decía:
«Mira tu niñez
y las amapolas,
el azul purísimo
de los cerros,
los remansos del río,
los volcanes
y el canto del gallo
en la lejanía».
Y al hacerlo,
me vi al inicio del camino
que ascendía

desde nuestro valle.
Vi que las rosas regresaban,
como un océano,
hasta la última gota.

LA ESCUADRA

Rectifica nuestra obra,
vigila su probidad,
mide la intención
de nuestros actos.
Vigila que la justicia
sea parte de la meta.
Vela por que el trabajo
sea destinado a lo más alto.
Mira que la igualdad
impere entre los hombres,
que la sabiduría
no se corrompa,
y que el discernimiento
nos guíe siempre
hacia la obra anhelada.

EL NIVEL

Iguales,
todos somos iguales.
Hermanos,
todos somos hermanos.
¡Que de corazón
a corazón
no haya distancia!

EL PAVIMENTO

¿Cómo apreciar la luz
sin la sombra?
¿Qué geometría resguarda
el Nombre Inefable?
En tu casa,
el sol y la luna habitan
y apenas se tocan
en esa delgada línea,
en esa imaginaria frontera
que separa su esencia
y no la separa:
la ilusión del ego en este mundo.
Eres paradigma del trabajo diario
que sobre la piedra bruta realizamos.
El rico, el pobre,
el alto, el bajo,
el de oriente o el del occidente,
el del norte o el del sur:

que nada nos separe.

EL SOL

Nada me falta.
Si tu plena luz,
—arcano del ego,
reflejo de lo verdadero—
engaña mi anhelo,
caigo entre las sombras,
mi corazón será de piedra.

LA LUNA

Sobre el mar vi tu rostro
y era espuma
sobre mis sueños elevada.
Y los hombres cosechaban
las delgadísimas fibras
de tu cofia en la tierra,
la luz rezumada de la modestia.

LAS ESTRELLAS

—He soñado con las estrellas, padre.
—¿Has visto tu destino?
—No. Eran como rebaños de chispas aguardando a encender la hoguera.
—¿Te has tragado una estrella en tu sueño?
—No, solo estaba alegre mi alma.
—Serás un hombre justo.

LA COLUMNA DE LA FUERZA

La letra jota arde en tu boca,
en el orden dórico
de tu cuerpo.
Arde, humilde,
a los pies del Gran Arquitecto.

LA LETRA B

De aquella piedra bruta
de antaño, la memoria
conserva apenas una
letra de tu nombre.
Ahora resplandeces
erguido entre los hombres,
De tu casa vino David,
paradigma de las generaciones.

LA LOGIA

Unidos todos, hermanos,
de corazones unidos,
con esa suma de fuerzas
que cincelan la piedra bruta;
ese es el cimiento de la casa,
de nuestra casa en el mundo,
en el mundo unido que anhelamos,
donde la confianza impera
y el amor es el pan que nos alimenta.
Esa es la logia, hermanos,
suma de esfuerzos
hacia la corrección del mundo.
Esa es la logia, hermanos,
una humanidad exaltada
de valores compartidos,
donde la tolerancia reina.

LOS TRES PUNTOS

—¿Tres rosas tienen nuestra hermandad?
—Sí: amor, voluntad y conocimiento.
—¿Tres claveles tiene nuestro accionar?
—Sí: libertad, igualdad y fraternidad,
como tres luces son las que las que dirigen el trabajo,
y tres columnas sostienen el templo:
la fuerza, la belleza y la sabiduría.
—¿Tres etapas tiene el pulido de la piedra?
Sí: aprendiz, compañero y maestro,
que son la tesis, la antítesis y la síntesis
del trabajo que nos perfecciona.

LA COLUMNA DE LA BELLEZA

Arte y naturaleza se unen
en tu pilar corintio.
Sobre la materia
se extiende tu mirada
en ese sutil abrazo
de amor sobre el ego.

LA LETRA J

¿Qué secreto conjugas
en tu muda forma?
¿Qué luz lleva tu nombre,
como una chispa, en las tinieblas?
Tu mano ilumina
la senda del trabajo
con la gota fundacional
del Gran Arquitecto.

LA ESPÁTULA

¡De amor sea la argamasa,
de amor, hermanos!
¡De amor sea la casa
que habitamos!

LA REGLA

Una jornada entera,
tiene tres gradas:
son tus edades.

LA PLOMADA

Elévate, asciende,
corrígete;
recta esté tu mirada
hacia lo alto.
Una palabra, un acto,
sean siempre de justicia,
los guíe tu deseo
depurado.

LA PALANCA

Fuerza del deseo,
te llaman,
fuerza del raciocinio
y de la lógica.
Entre la meta soñada
y el obrero yaces;
vences con inteligencia
los obstáculos del camino.
Potencias la fuerza
de los sueños,
mueves el mundo
creando un camino
entre «yo» y «nosotros».
Sean pues
los sueños nobles,
las intenciones generosas.
La mezquindad
de ti se aparte.

EL ESPEJO

Como el silencio,
el espejo te mira
desde ti mismo.
Fuego y agua es,
tierra, metal pulido,
llave del pacto.
Como luciérnaga
entre las sombras,
es un sol la esperanza.
Como una gota,
como una esfera, así
soñaba el mundo.
Deshojé la luz,
la sombra entre mis manos
era una espada.

LA MUERTE

Toda la fuerza
concentrada en un dedo,
la muerte es un anillo;
el dedo es una letra,
la letra es una mano
–totalidad unida,
ciclo que se repite
y se repite,
una serpiente
que se muerde la cola–.
No creas en la muerte,
que no te engañe
la ilusión de tu ego.
La muerte es una puerta.
Solo camina,
emerge, crece,
cruza el umbral sin miedo.

LA ACACIA

Yo sé que ardes, Señor,
sobre la acacia.
Sus ramas verdes
bajo el sol, no quemas.
Con los ojos cubiertos
y descalzo,
ante ti me postro,
Señor, sin verte.
¿Cómo olvidar tu nombre
si mi anhelo,
es tu anhelo en mi carne,
como un punto
pequeño
que me recuerda tu casa?
Y cada espina
me recuerda siempre,
los peldaños
que de ti me separan.

Aparte de ti no hay nada,
Señor, todo lo llenas.

LA COLUMNA DE LA SABIDURÍA

Jónico danza tu pie
sobre el mundo
y con amor,
David lo gobierna.

LA CUERDA DE DOCE NUDOS

Cuerda de los antiguos constructores,
extensión que encierras a Pitágoras;
suma de la humana diferencia,
suma de eslabones entre hermanos.
La precisión persigues con tus ángulos.
La armonía nos encadene:
no hay nada en el mundo,
solo un alma.

LA COLMENA

Un amigo y otro amigo
en hermandad unidos,
son dos granos de arena
que la luz anhelan;
diez amigos, cien amigos,
miles de hermanos unidos,
una colmena de luces,
entre las sombras del mundo

LA LETRA G

Grande eres,
Arquitecto del Universo,
Directriz prístina y última,
Omnipresencia verdadera,
Luz única que en chispas te revelas.

EL NOMBRE INEFABLE

No es un murmullo
que imperceptiblemente
por doquiera se escucha;
no es un desconocido
aroma que emana
de toda las cosas;
no es nada
que mis sentidos perciban.
Es la esencia
de tu rostro y el mío,
es todos los rostros
y ninguno.
Es todas las cosas,
en su verdad última,
que es decir,
la verdad tras lo creado:
un punto inimaginable
de infinita dulzura derramada.

Pero su nombre está oculto,
como una vela
frente al sol es oscura.
«Yo soy el que soy»,
está escrito.

EL OJO QUE TODO LO VE

Sé que dormía,
o quizá solo soñaba
que estaba despierto.
Una suave luz
llegaba hasta mis ojos,
una claridad llena de algas,
de rosas flotantes
sobre las olas.
Dormía en el agua,
como un feto
en el vientre materno.
Luego escuché la voz,
desde lo alto
decir mi nombre;
y al instante,
el tiempo necesario para iniciar una galaxia,
saqué mi rostro del agua.
No dormía, ni soñaba.

Estaba en mi habitación
de siempre,
pero yo era otro.
Nada en mí era ya lo mismo.
La voz ahora era un recuerdo,
que en mi memoria
seguía diciendo mi nombre.
Miré las cosas,
miré mi cuerpo.
Nada era lo mismo.
La luz desde lo alto
creaba un nuevo principio.

EL PENTAGRAMA

Dijo el maestro en mi presencia:
Cinco sentidos tiene el hombre
como cinco extremidades su cuerpo,
y cinco dedos una mano.
Cinco mundos nos aguardan
en nuestro ascenso
desde la sombra hasta la luz.
El mundo de la acción,
donde la luz apenas llega,
y es un mundo de sombras.
El mundo de la formación,
donde el ser creado asume una forma.
El mundo de la creación,
que es la existencia a partir de la ausencia,
y es un mundo sin formas.
El mundo de la emanación,
donde la luz del infinito
está unida a su fuente,

y cuyo nivel más bajo
sostiene los mundos inferiores.
Y por último, que es decir, al principio,
está el mundo del hombre primordial,
metáfora de la emanación prístina,
unida a la luz sin fin.
Así rota el alma
sus cinco aspectos, como una mano,
desciende desde lo alto, cae,
aprende, se perfecciona,
supera las cinco etapas del deseo,
y regresa a la casa del Gran Arquitecto.

LA ESTRELLA DE DAVID

Dice la profecía:
«Resplandecerá una estrella de David,
proveniente de Jacobo,
aparecerá una estrella
y deslumbrará en el firmamento».
Y la luz de la misericordia
brilló en el entendimiento,
e iluminó a la severidad,
que abrazó a la belleza.
Y la belleza iluminó a la victoria,
y la victoria brilló así en el esplendor,
que su luz donó al fundamento.
Por el camino de los mundos,
las almas ascienden y descienden
bajo el gobierno supremo.
Así brilló la estrella de David sobre el reino.

EL TEMPLO DE SALOMÓN

No de piedra ni de toscos materiales hecho,
mucho más allá del aire, del agua y del fuego,
así como una rosa elevada sobre el mundo,
será una asamblea de corazones abiertos.

Será el anhelo de todos, una única meta:
un mundo corregido, con intenciones justas.
Será un campo de estrellas surgidas de las aguas,
para la luz que anhelamos, ánfora será.

Y entre los médanos, esas huellas que dejamos
serán polvo redimido, serán amapolas,
serán la bestia que fuimos sobre el mundo oscuro,
pues entonces la luz vencerá sobre las sombras.

LA PIEDRA CÚBICA

En un sueño te vi,
y te llamé piedra cúbica.
Eras lo mejor de mis deseos:
ya no eras piedra,
simple mineral inamovible,
torpe necedad de mi insaciable ego.
Eras carne y más que carne,
este animal que soy
y arrastro día a día.
En ti había un nuevo deseo,
algo distinto a los reflejos de la tierra.
un pequeño punto en el corazón,
un deseo que trascendía la carne,
suma fatua de sombras
que llamamos universo.
No tenías nombre en mi sueño,
pero supe del trabajo
incansable de pulirte,

supe del deseo continuo
de buscar esa senda
que nos lleva
hacia el Gran Arquitecto.
Por eso te llamé piedra cúbica,
por eso y por otros secretos.

Este libro terminó de componerse en letra de tipo masónico Acacia 3 dentro de la Serie Amarilla de las colecciones de MASONICA.ES a Medianoche en Punto del día 20 de marzo del 2015, Equinoccio de Primavera

Índice

PRÓLOGO 5

Prefacio 11
Luz y sombra 14
(Sin título) 16
La calavera 17
El reloj de arena 20
El libro sagrado 22
El ara 23
El compás 24
El martillo 25
El mazo 26
El cincel 27
La piedra bruta 29
El tapete 31
(Sin título) 33
La confianza 34
(Sin título) 34
El collar 35
Los guantes 36
El mandil 37
La rosa 38
La cadena 40

Las gradas 41
La escuadra 46
El nivel 47
EL pavimento 48
El sol 50
La luna 51
Las estrellas 52
La columna de la fuerza 53
La letra B 54
La logia 55
Los tres puntos 56
La columna de la belleza 57
La letra J 58
La espátula 59
La regla 60
La plomada 61
La palanca 62
El espejo 64
(Sin título) 64
La muerte 65
La acacia 67
La columna de la sabiduría 69
La cuerda de doce nudos 70
La colmena 71

La letra G 72
El nombre inefable 73
El ojo que todo lo ve 75
El pentagrama 77
La Estrella de David 79
El templo de Salomón 81
La piedra cúbica 82